

El espacio Pellicer

Arnoldo Kraus

Las razones de estas líneas se resumen en tres palabras: amistad, trazos, espacio. Empiezo por el espacio. El espacio Pellicer es una suerte de oasis donde el tiempo, al menos por unos momentos queda detenido y relegado al olvido. El espacio, habitado por lienzos, música, pinceles, atriles, colores, papel periódico, botes llenos, botes vacíos, estopa y enseres afines, contribuye a detener el tiempo; su lenguaje quedo, casi mudo, ininteligible, propio de los cuadros, es alma del silencio y vecino del tiempo suspendido.

Entre esa parafernalia, los visitantes quedan atrapados entre el juego del pincel que aguarda y la brocha que vuela, entre las hojas del cuaderno de notas y los lápices que esperan su turno, entre el trazo nuevo que asfixia las líneas viejas y el lienzo que se nutre de los vaivenes de los pinceles. Es ahí donde el tiempo deja de respirar: en el diálogo entre tintas y telas, en el enojo del pincel deshilachado y la mirada ora tranquila, ora llena de desasosiego del pintor. Es ahí, en la noche que aguarda, donde los días adquieren nombre y los lienzos vida.

El tiempo detenido es magnífica pócima. Ahí, la mirada se pierde y el silencio basta. Habitarlo permite

sumergirse dentro de uno mismo y tocar los trazos desordenados que viven en los cuadernos del espacio Pellicer. Permite regodearse y olvidar: los cuadros hablan lento, sin prisa, abrazan. Sus trazos silenciosos arropan, seducen, invitan. Qué mejor remedio que perderse en el dulce sueño del olvido.

En uno de esos cuadernos, algunos trazos imberbes, anuncian la idea de un nuevo proyecto. Unas líneas casi rectas, otras torcidas, unas luces danzando, un cubo pequeño, un cubo grande. Unas figuras sin cuerpo, unas esquinas donde lo amorfo recuerda que el arte es impredecible. Un vaivén infinito donde la sorpresa emerge mientras la mirada recorre sueños nuevos. Unas páginas semivacías, unos cuerpos sin figura y unas líneas desordenadas que se acomodan, aguardan, y dialogan como si fuesen parte de la historia que espera el regreso del tiempo para proseguir la trama y evitar que la historia finalice.

El tiempo de los trazos Pellicer carece de límites: depende de la libido de quien pinta, de la destreza del lenguaje de los lápices, del mutismo del espacio, de la urgencia de la tinta. Ese *memento mori*, ese resuello interrumpido, es idéntico a las palabras que adoquinan los pisos de los escritores, donde letras e ideas se funden y caminan hasta las verjas del infinito. Es heterónimo de las figuras atemporales y de las líneas que evocan el deseo cuando el tiempo regresa y que callan cuando la vida se detiene.

El espacio es casa y los trazos son albergue. En uno habitan las pinturas y las letras; en otro, el tiempo, y en ambos, los pretextos que avalan que el arte le regrese al hombre y a la mujer su condición de ser humano. Ese enjambre, espacio, trazos, tiempo y arte es cuna y casa de la amistad. De la amistad que permite hablar, callar, pintar, escribir, y, sobre todo, darle color a las palabras y voz a la tinta. ■



© Rafael Doniz